

EL SÉPTIMO CÍRCULO

Y LUEGO EL MIEDO

POR 
MARTEN CUMBERLAND



EMECÉ EDITORES, S. A. / BUENOS AIRES

En los alrededores de París se halla *El Arca*, una casona ocupada por artistas que buscan encontrar en ella la tranquilidad y el mutuo incentivo para la vida y para el arte. Pero ocurre un crimen. El odio y la sospecha se apoderan de todos. Cada uno se pregunta cuál será la próxima víctima, pues saben que el asesino es uno de ellos. El famoso comisario Saturnin Dax entra en acción y lleva a feliz término su pesquisa en una atmósfera de suspenso y tensión, donde surgen a cada instante el temor, la astucia y los más diabólicos planes.

A Seumass O'Sullivan

CAPÍTULO PRIMERO

EL ARCA DE NOÉ

«El perro de Ícaro con sus feroces ladridos y aullidos al sol, hace que el universo se nos antoje un cosmos troglodita, que obliga a las gentes a ocultarse en cavernas y guaridas subterráneas».

RABELAIS

EL COMISARIO Saturnin Dax de la Primer Brigada Móvil (Policía Judicial) se puso de pie y cuando el convoy llegó al *Pont de l'Alma* descendió al andén. Subió por la escalera del subterráneo con paso ágil, si bien se advertía en él un dejo de abatimiento, mientras aspiraba de mal grado el tibio vaho de las verbenas sintéticas.

Una vez en el exterior, paseó su mirada por la totalidad de la calle escasamente iluminada, ya que comenzaba a anochecer. Pronto encontró lo que buscaba y cruzó la ancha avenida para dirigirse hacia el brigadier Felix Norman, que lo aguardaba apoltronado con arrogancia en su nuevo coche sport de color rojo.

El joven abrió la portezuela y recibió a su jefe con una sonrisa cordial.

—Lamento haberlo molestado —le dijo con tono poco convincente—. Espero que las dos horas sagradas de la cena en Meudon no hayan sido demasiado bruscamente interrumpidas. ¿Puede entrar con comodidad?

—Me voy acostumbrando poco a poco —repuso el comisario, al tiempo que trataba de introducir su corpulento físico en el asiento delantero—. Lo cierto es que uno consigue habituarse a todo, hasta a los bares automáticos, la comida sin digerir, y los motores de combustión interna. ¡Qué importa que jamás pueda ver a mi esposa, o que la educación de mis hijos... en fin! —terminó, mientras se colocaba una bufanda alrededor del cuello, con una exagerada mueca de resignación.

Felix, sin sobretodo y sin sombrero, puso el coche en marcha y partieron a gran velocidad.

—Me he permitido rescatarlo —le sugirió, al cabo de un instante—. Sé que los deberes de sus hijos le resultan ya demasiado abrumadores, como a usted bien le consta. Sea como fuere, acaban de matar a un hombre, y para peor, según dicen, tenía gran talento. Se trata de Armand Macé, el poeta.

—Jamás lo oí nombrar —repuso Saturnin—. ¿Acaso lo enviaron al otro mundo por sus malos versos? —agregó, para luego dejarse deslizar con suavidad hacia abajo, en el asiento, mientras escondía la cabeza tanto como le era posible, dentro de su bufanda, como si fuese una tortuga que se oculta dentro de su caparazón—. ¿Cómo y dónde? —inquirió.

—Parece que primero lo golpearon hasta hacerle perder el conocimiento, y luego, lo asfixiaron —repuso Felix—. Georges Alder está encargado del caso. Él me telefoneó a la jefatura y yo me comuniqué con usted en seguida. La casa está situada en las cercanías de la Avenue du Roule, en-

tre ella y la calle Perronet. Es una vieja mansión llamada *El Arca*.

—¿El qué? —exclamó Saturnin.

—El Arca de Noé.

Felix esquivó hábilmente un grupo de ciclistas y encendió los faros para iluminar el camino, ya que la visibilidad se tornaba cada vez más difícil por la bruma otoñal que había empezado a levantarse desde el río. Avanzaron por la Avenue Marceau hasta llegar a l'Etoile y luego viraron hacia la izquierda para tomar la Avenue de la Grande Armée.

—El Arca de Noé —explicó el brigadier— es una antigua casona donde se ha refugiado algo así como una colonia de artistas. La consiguieron muy barata y la bautizaron *El Arca*, porque todos ellos creen que la humanidad ha llegado a un punto tal que, en cualquier momento, la civilización puede derrumbarse. Están todos dispuestos a enfrentar lo que llaman la *inundación*.

—Todos, menos Macé, ¿no te parece? —interpuso Saturnin.

—Así es —asintió Felix—. Después de él, el diluvio, quizás. Macé fue el creador y entusiasta defensor del movimiento. Él y el joven Rafael Soudy...

—¡Soudy! —lo interrumpió el comisario, con tono solemne—. ¿Aquel muchacho que tanto se distinguió en la resistencia?

—Sí —contestó Felix—. He conseguido reunir algunos informes de interés acerca de *El Arca*. Los periódicos le dieron bastante importancia al asunto, en ocasión de su apertura, cuando el grupo de artistas se instaló allí en la primavera. Además, un amigo mío, que es pintor, conoce personalmente a algunos de sus integrantes.

Ambos hombres permanecieron silenciosos durante unos minutos. Felix masculló una maldición que involucraba a todos los ciclistas del mundo, al tiempo que aminoraba la velocidad para entrar a la Rue Montrosier.

—La resistencia... —murmuró Saturnin—, esperemos que Dios... —y dejó la frase trunca, mientras se acariciaba el bigote—. ¿Cuántos animales hay en *El Arca*, muchacho?

—No lo sé con exactitud —replicó Felix—. Siete u ocho. Hay un individuo llamado Blaise Lampan. Edita un periódico que se llama también *El Arca*; además está Noel Colmar, el compositor de música ligera, y una pianista de nombre Suzanne Bloch. Fue ella quien encontró el cadáver.

—¡Ajá, con que también hay mujeres en *El Arca*!

—Tal vez se proponían crear una nueva raza —señaló Felix con una sonrisa, pero su jefe no pareció muy divertido.

—Esto no me gusta nada —observó el comisario lentamente—. Tenemos un grupo de personas, hombres y mujeres con inquietudes artísticas, que forman una comunidad separada del resto de sus congéneres. Es indudable que empiezan la tarea con gran entusiasmo. No obstante, al cabo de unos pocos meses, uno de ellos, y según tú me informas, el iniciador de la cruzada, muere asesinado.

—¿Cree que el criminal es alguno del grupo, jefe? —preguntó Felix—. Me permito señalarle que, en general, se trata de individuos bastante extraños y de caprichosa personalidad, aunque no todos. Macé era bastante normal y lo mismo puedo decirle con respecto a Soudy, aunque desde luego, el pobre se ha visto envuelto en un verdadero infierno.

—No teorices —lo interrumpió Saturnin—. Es fácil comprender que esta gente sea más inteligente y sensible que el común de los mortales. La época que les ha tocado vivir ha sido particularmente mala para ellos y, en la actualidad, no se vislumbra ninguna mejoría. Se han visto frustrados en sus aspiraciones, rodeados de sufrimiento, y si añades a esto los años de ocupación y la guerra, sin mencionar las dificultades de los tiempos de paz... ¿Cuántos crees que serían capaces de soportarlos con estoicismo?

—Los artistas son bastante duros —replicó Felix sin mayor convicción.

—Por supuesto, muchacho —repuso Saturnin, con un asentimiento de cabeza—. En cuanto a los verdaderos artistas se refiere, tienes razón; pero ¿qué me dices de los diletantes, farsantes y *poseurs*? Esos no son tan recios. Sus pequeños egoísmos los corroen y minan poco a poco. Colócalos luego en un arca y oblígales a convivir, y no te quepa la menor duda de que pronto no encontrarás otra cosa que envidia, amargura y odio patológico. Por otra parte, esas gentes son individuos sutiles; cuanto mayor sea su fracaso como artistas, mayor es la energía y el ingenio que evidencian en otras actividades, como por ejemplo el crimen.

Felix hizo girar el coche hacia la izquierda y los faros iluminaron de lleno un murallón alto y arruinado tras el que se alcanzaba a divisar un grupo de árboles, que se perfilaban como siluetas de coral en una fantasmagórica iluminación acuática. Como el follaje era menos denso, pudo percibirse a través de sus ramas casi desnudas, una gran casona que tenía iluminadas la mayoría de sus ventanas. El murallón conducía a un portón blanco recientemente pintado, sobre el que se leía escrita con una caligrafía casi infantil, aunque clara, la leyenda: *El Arca*.

—¡Voilà! —exclamó Felix con tono alegre—. Después de todo, quizás hayan despachado a Macé para robarle el reloj y la billetera. ¡Eh! —agregó, al tiempo que hacía sonar la bocina—. ¿Está Noé en casa?

CAPÍTULO II

LA MUERTE DE UN POETA

«La confianza en la bondad de la humanidad es en verdad una muy débil protección».

D. H. LAWRENCE

UN AGENTE uniformado apareció por el portón blanco y se aproximó al coche.

—¿El comisario Dax? —preguntó—. El brigadier Alder se encuentra aquí, junto al cadáver, unos pocos metros más arriba, por el camino de acceso.

Saturnin dejó escapar un gruñido, en tanto contorsionaba su voluminoso cuerpo para descender a la carretera. Felix detuvo el motor y bajó rápidamente del coche.

El agente sostuvo la puerta abierta y los dos oficiales de policía se encaminaron a lo largo de la calzada flanqueada por altos arbustos. Caminaban sobre un musgo húmedo que, si bien suavizaba la grava, daba la impresión de negligencia y abandono.

—Creo que esta casa estuvo desocupada durante dos o tres años —comentó Felix—; y con anterioridad fue utilizada como una especie de escuela.

El camino de acceso tenía una abrupta curva y, al avanzar por ella, ambos hombres se encontraron con una escena harto macabra. Sobre el sendero de grava, habían colocado dos faroles a acetileno, de bicicleta, en forma tal como para que iluminaran plenamente el rostro de la víctima. El cadáver yacía boca arriba y, al observarlo, Felix dejó escapar una exclamación de sorpresa. El poeta asesinado tenía la nariz y la boca ocultas por algo que parecía ser un antifaz que se le hubiera deslizado hacia abajo de los ojos; pero, al cabo de algunos instantes, el brigadier comprendió que la supuesta máscara no era otra cosa que un puñado de tierra. Había dos hombres junto al cadáver, uno de ellos de aspecto mefistofélico, alto y delgado, envuelto en un impermeable negro.

Se trataba del brigadier Georges Alder quien extrajo una linterna del bolsillo de su piloto, para iluminar con ella el rostro del hombre que tenía a sus pies.

—No he tocado nada, jefe —dijo a Saturnin—. El tipo está muerto. Lo golpearon y después lo asfixiaron. Se llamaba Armand Macé.

—¿Cuándo llegaste, Georges? —interrogó Saturnin, al tiempo que se arrodillaba junto al cadáver.

—Hará unos veinte minutos, *patrón*.

—¿Quién lo encontró?

—Una mujer; creo que es pianista —repuso el brigadier—. Está adentro de la casa, presa de un ataque de histeria. Éste es monsieur Rafael Soudy —añadió, al tiempo que miraba al hombre ubicado a sus espaldas.

Un individuo joven, delgado y de tez cetrina, dio un paso hacia adelante. Vestía un saco viejo, pantalones de terciopelo corderoy y sandalias. Al hablar, lo hizo con una voz culta que tenía un suave dejo musical.

—Armand fue encontrado así por Suzanne Bloch —manifestó—. La oí gritar y corrí hasta aquí. En ese momento me encontraba trabajando en mi habitación. Comprendí en seguida que estaba muerto. No quise tocar nada y...

—¿Examinó el cadáver, tal vez, con una linterna? —inquirió Saturnin.

—Sí, señor; por eso vi que ya no había nada qué hacer. He tenido experiencia en ese sentido. Traté de apaciguar a mademoiselle Bloch. Grité pidiendo ayuda, y entonces, Vivian Partridge, el pintor, apareció en escena. Fue él quien condujo a Suzanne Bloch hasta la casa. Tiene ciertos conocimientos de medicina, y me aseguró que podría controlarla y que se ocuparía de telefonar al médico y a la policía. Y por lo visto ha cumplido.

El comisario emitió un gruñido por toda respuesta, en tanto extraía de su bolsillo un sobre de gran tamaño. En ese instante, los investigadores advirtieron que lo que cubría la boca y nariz del cadáver no era otra cosa que un puñado de arena. El comisario procedió a examinarla con mucho esmero y luego la olió antes de guardarla. Al quedar el rostro del cadáver en descubierto, Alder procedió a iluminarlo con su linterna y los policías pudieron observar los rasgos del poeta que distaban mucho de ser perfectos, si bien emanaba de ellos un cierto atractivo, con esa boca amplia, nariz un tanto ancha y frente despejada, bajo su pelo oscuro y revuelto. El hombre aparentaba tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Su cuerpo era de constitución vigorosa y, al igual que el rostro, sugería una gran vitalidad y energía. Vestía una rústica bata de color marrón, casi semejante al hábito de un monje, con la que cubría su camisa y pantalones. Calzaba pantuflas.

—¿Acostumbraba Macé pasear al atardecer por el parque, con esta indumentaria, monsieur Soudy? —preguntó Saturnin.

—Puede decirse que por lo común vivía envuelto en esa bata, monsieur —repuso el interpelado—. Trabajaba con ella puesta y puedo asegurarle que dedicaba largas horas a sus composiciones. En cuanto a los paseos nocturnos, supongo que esta noche salió simplemente a echar una carta.

—Comprendo —observó Saturnin—. ¿Tienen ustedes un buzón, entonces, al final del camino de acceso?

—Sí —contestó Soudy—, en el murallón, hacia la izquierda del portón de entrada. Recogen la correspondencia antes de la medianoche.

El comisario movió apenas la cabeza para mirar a Felix Norman, quien se desplazó por el camino, sin dar mayor importancia a sus movimientos.

—El criminal fue prolijo y económico, ¿no le parece, jefe? —señaló Georges Alder—. Primero desmayó a la víctima con una bolsa de arena, y para asegurarse el éxito total de su empresa, se la vació en la boca y la nariz. Al parecer se llevó la bolsa con él, ya que he practicado una prolija inspección de los alrededores, sin encontrarla.

Saturnin levantó las manos del cadáver, una después de la otra, e iluminado por la linterna del brigadier Alder, procedió a examinarles con mucha prolijidad las uñas. Le movió con gran precaución la cabeza y dejó deslizar sus dedos por el oscuro pelo. Dio vuelta los bolsillos de la bata, para encontrar tan sólo un pañuelo y una caja de fósforos. Los pantalones grises de franela que llevaba puestos Macé, tenían bocamanga y el comisario se las desdobló para inspeccionarlas meticulosamente. Por último palpó la tierra por debajo del cadáver, antes de ponerse de pie.

—¿Cómo conseguiste estos faroles, Georges? —inquirió, luego de acariciarse el bigote con aire meditativo, hacia uno y otro lado.

—Uno es de mi bicicleta, jefe —repuso Alder—, y el otro, la del agente que estacioné junto al portón de entrada y que fue el que los dirigió hasta aquí. Tengo otro policía en el interior de la casa. Viven allí una media docena de personas y me pareció que lo mejor era que permaneciera cada uno recluido en su habitación.

—Hay en la actualidad —interpuso Rafael Soudy— cinco personas en la casa; dos mujeres y tres hombres: made-

moiselle Bloch y madame Lampan, Vivian Partridge, Noel Colmar y Siegfried Valet...

—¿Y Blaise Lampan, supongo? —lo interrumpió Saturnin—. Me refiero al esposo de madame Lampan. ¿Acaso él no forma parte de la fraternidad?

—¡Fraternidad! —exclamó Soudy—. ¡Qué linda expresión! —agregó luego, con tono apasionado y amargo—. No monsieur. Blaise Lampan no se encuentra aquí; está de vacaciones en alguna playa pero en este momento no recuerdo el nombre del lugar.

Desde la distancia, llegó hasta sus oídos un ruido característico que interrumpió la quietud de la noche. Era el ronroneo del motor de un automóvil que marchaba a gran velocidad, y se escuchaba cada vez más cercano. Georges Alder lo reconoció al momento.

—Ahí llega Baschet con su escuadrón técnico —indicó—. Espero que venga con ellos el cirujano. Deben haberse demorado, pues fueron a buscarlo.

El ruido de pasos sobre la grava indicó que alguien se acercaba al grupo. Era Felix Norman que apareció tarareando alegremente, mientras esgrimía una carta en su mano protegida del frío por un guante de cuero de chancho. Procedió a entregársela al comisario, quien apenas le echó una ojeada, antes de dejarla deslizarse en su bolsillo, para luego observar con aire inquisitivo al joven oficial.

—Eso es todo —señaló Felix en respuesta al mudo interrogante de su jefe—. No hay nada más.

Saturnin Dax hizo un leve encogimiento de hombros. Ahora se percibía con mucha más claridad el ruido del automóvil que se acercaba y pocos segundos después, un débil si bien amplio arco de luz iluminó los árboles, en su mayoría rododendros y laureles, que comenzaron a perfilarse contra el fondo del oscuro cielo cada vez con mayor nitidez. Un olor a tierra mojada, mezclada con el vaho de las aguas estancadas y flores marchitas, surgió inesperadamen-

te de la noche, para llegar así, de improviso, hasta sus narices.

El comisario pareció volver en sí luego de un instante de profunda abstracción.

—Ocúpate de todo aquí, Georges —ordenó al brigadier, al tiempo que le hacía entrega del sobre con la arena—. Monsieur Soudy —agregó luego, mientras observaba a Felix Norman—, ¿tendría usted la bondad de indicarnos cuál es el camino para llegar a la casa?

El interpelado giró sobre sus talones y sin articular palabra avanzó por la leve pendiente del camino de acceso, en tanto el comisario y Felix lo seguían a corta distancia.

CAPÍTULO III

ARTES Y OFICIOS

*«Allí estaba sentada, rodeada por
el gélido círculo de sus conocimientos,
a la espera de que algún pretendiente
fuese capaz de cruzarlo
para ofrecerle un brillante porvenir».*

JAMES JOYCE

MADEMOISELLE Suzanne Bloch era una mujer morena y delgada, con unos ojos negros que parecían inmensos al contrastar con la extrema palidez de su rostro. Usaba el pelo peinado con raya al medio, dividido en dos largas trenzas que llevaba arrolladas sobre las orejas, en forma de caracol. Su vestido de terciopelo color verde oliva tenía las mangas cortas hasta el codo, de manera que sus manos anchas y vigorosas podían moverse y accionar con libertad. Tenía los dedos espatulados y las uñas cortas.

La habitación en que ahora se encontraban Saturnin y Felix, concordaba en todos sus detalles con la joven que la ocupaba. Era de grandes dimensiones y un biombo, ubicado en un rincón, indicaba que su moradora había tratado de reducir al mínimo el mobiliario que podría haberla he-